

Hace casi 400 años, una embajada enviada por Daté Masamune, un gran señor japonés, recorrió miles de kilómetros surcando por dos veces los océanos Pacífico y Atlántico, navegando por aguas del Mediterráneo y recorriendo Méjico, España, Italia y Filipinas. Para llegar a Madrid y a Roma, objetivos finales del viaje, la embajada remontó el Guadalquivir y recaló por dos veces en Sevilla, a la ida y a la vuelta, con la intención —fallida— de iniciar relaciones comerciales con la ciudad que albergaba uno de los puertos más importantes de la época.

Una embajada japonesa en la Sevilla del Siglo de Oro

Una aventura pionera en la diplomacia entre Oriente y Occidente

MARCOS FERNÁNDEZ GÓMEZ

DIRECTOR DEL ARCHIVO MUNICIPAL DE SEVILLA

AH
OCT
2009
52

El origen de esta aventura fascinante hay que situarlo en lo que se conoce como “el siglo cristiano de la historia de Japón” (1543-1640), período comprendido, por un lado, entre el comienzo de los contactos con Occidente y, por otro, en la definitiva prohibición del cristianismo. La expedición tuvo dos protagonistas principales.

En primer lugar hay que citar a Daté Masamune (1567-1636), uno de los señores feudales o *daimyos* más importantes de su época, que llegó a gobernar sobre un extenso territorio en la parte nororiental de Japón —el reino de Mutsu o Bojú—. Como prolongación de su persona envió como embajador a Europa al samurai Hasekura Rocuyemon Tsunenaga, arquetipo del noble guerrero japonés, que acabó convirtiéndose en un personaje casi legendario e incluso ha inspirado novelas contemporáneas como el *Samurai* de Shusaku Endo.

Por su parte, el sevillano fray Luis Sotelo (1574-1624) nacido en el seno de una prestigiosa familia, era hijo de Diego Caballero de Cabrera, veinticuatro del Cabildo hispalense, y nieto del también veinticuatro Diego Caballero de Cazalla, gobernador y mariscal de la isla Española en América. Tras cursar estudios en Salamanca, donde entró en la orden de los franciscanos descalzos, se dispuso desde el primer momento a prestar sus servicios como misionero, llegando a Japón en 1603. Como en el caso de otros misioneros, pronto fue conocido entre la nobleza japonesa.

EL OBJETIVO PRIMORDIAL DE ESTE VIAJE FASCINANTE ERA COMUNICAR AL REY Y AL PAPA SU DESEO DE CONVERTIR SUS ESTADOS A LA FE CRISTIANA

Hacia 1610, en la residencia cortesana del *shogun* en Yedo, fray Luis entró en contacto con Daté Masamune. El franciscano combatió las creencias de los sacerdotes bonzos y, tras un período de instrucción, convirtió al cristianismo al gran *daimyo*. Como resultado de todo ello, Masamune decretó en 1611 un edicto por el que se permitía la libre predicación del cristianismo y se daba a sus súbditos plena libertad para su conversión. De talento nada vulgar, activo y emprendedor, el religioso sevillano se nos presenta como un personaje polémico, obsesionado con unos proyectos personales que mezclaban la religión y la diplomacia. Su personalidad y sus actuaciones revelan un profundo compromiso con sus convicciones religiosas, a las que añadía unas buenas dosis de soberbia y de espíritu mesiánico.

El comienzo de esta auténtica aventura se remonta al día 28 de octubre de 1613, fecha en que partió la embajada en un navío de 500 toneladas, el *San Juan Bautista*, que

Masamune había ordenado construir expresamente para la ocasión. La numerosa comitiva estaba formada por el Padre Sotelo y otros dos frailes, el embajador Hasekura con unos ciento cincuenta japoneses, entre personal de servicio, soldados, marineros y comerciantes, a los que se añadieron un grupo de españoles comandados por Sebastián Vizcaíno, supervivientes de la expedición que en 1611 estuvo reconociendo las costas japonesas para localizar las “islas ricas de oro y ricas de plata”. Una vez llegados a Acapulco, sólo continuaron hasta San Juan de Lúa, para embarcarse hacia Europa, Sotelo, otro religioso y Hasekura con treinta japoneses como guardia de honor.

BIENVENIDA OFICIAL. En la reunión del Cabildo sevillano de 8 de octubre de 1614 fueron leídas las cartas enviadas a la ciudad por los embajadores. El gobierno municipal acordó que el veinticuatro Diego Caballero de Cabrera, hermano de fray Luis, contestase a los ilustres visitantes y les diese la bienvenida y se nombró una comisión que debía ocuparse del alojamiento y mantenimiento del personal de la embajada.

Antes de entrar en tierras de la jurisdicción sevillana, el galeón *San José* recaló en Sanlúcar de Barrameda, donde fueron recibidos y alojados por el duque de Medina Sidonia, quien hizo preparar dos galeras que los condujeron a la villa de Coria del Río, donde debían esperar hasta el recibi-



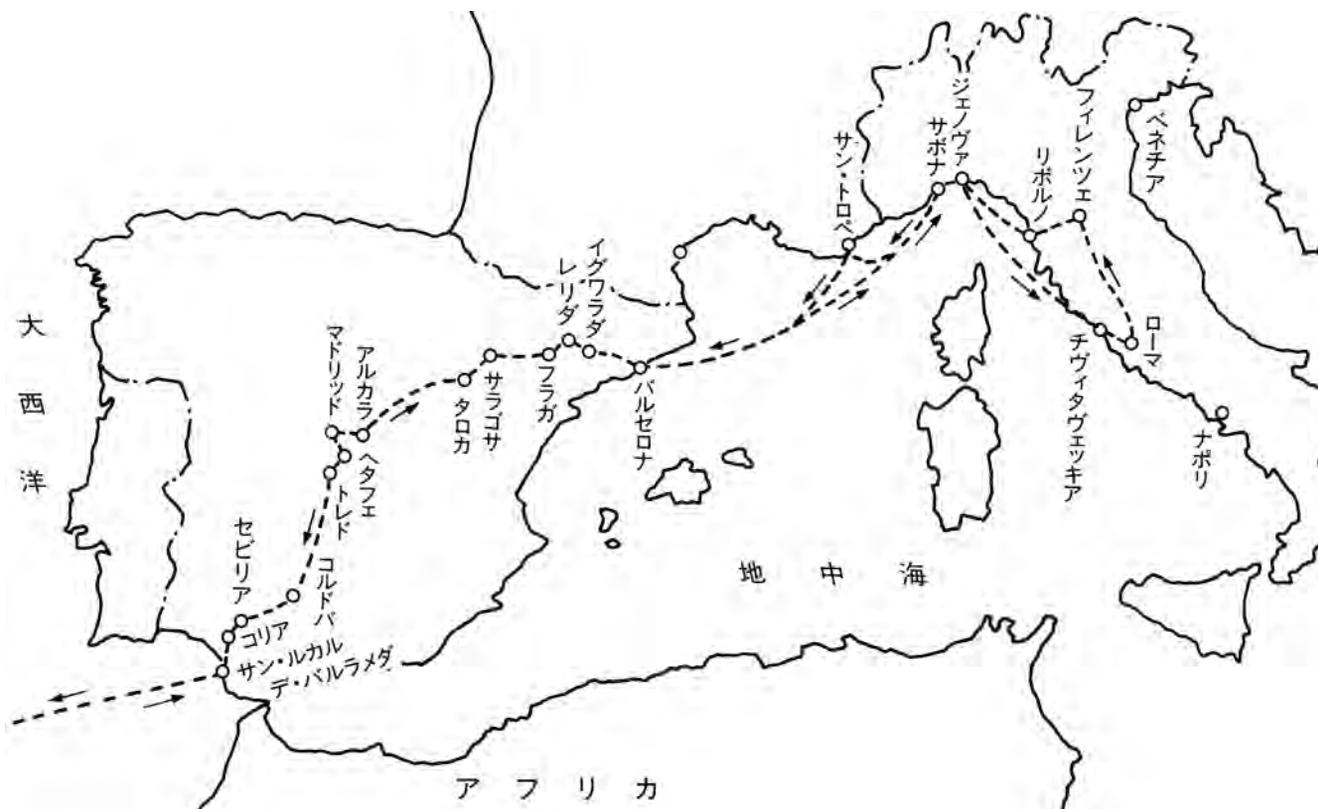
Retrato del samurai Hasekura Rocyeyemon, que encabezó la embajada que arribó en Sevilla rumbo a Roma.

miento de la ciudad. Mientras tanto, en Sevilla se realizaban todos los preparativos necesarios para garantizar una imponente recepción y una estancia muy honrosa, acondicionándose para ello ciertas dependencias en el Alcázar. Sotelo, en cuanto arribó a su tierra, preparó una auténtica campaña publicitaria con la impresión de un folleto, destinado a favorecer la buena

LOS MIEMBROS DEL CABILDO ESCOLTARON AL EXTRAÑO SÉQUITO, VESTIDO A LA USANZA JAPONESA Y PORTANDO ROSARIOS AL CUELLO

acogida a la embajada: en él se narran las cualidades del franciscano, y las del denominado “rey” Masamune y se pregonan, sin temor a caer en errores e inexactitudes claramente intencionadas, la bondad de los objetivos de la embajada japonesa.

La descripción más viva y precisa de la estancia de los japoneses en Sevilla nos la proporciona el relato del doctor Amati, autor de



Mapa del recorrido europeo de la misión Keicho (1613-1620), nombre con el que se conoce esta expedición en el mundo japonés.

un libro publicado en Roma en 1615 sobre Masamune. El médico veneciano, intérprete de la embajada y amigo de Sotelo, narra el recibimiento de la ciudad el 21 de octubre de 1614 en una descripción minuciosa y colorista. Al poco de salir de Coria, la comitiva japonesa pudo contemplar cómo se le unía una muchedumbre que durante seis millas les acompañó hasta Sevilla, aumentando en gran número al acercarse a Triana, hasta el punto de que le dificultaba el paso.

Tras cruzar el puente de barcas, y al llegar a la puerta de Triana, les esperaba el conde de Salvatierra, asistente y máximo representante del rey en la ciudad, acompañado de los miembros del Cabildo y de la nobleza, quienes escoltaron hasta el Alcázar al extraño séquito, vestido con sus mejores galas a la usanza japonesa y con rosarios al cuello, entre los aplausos y vítores de las gentes que se agolpaban en las calles. En este desfile insólito, Hasekura, ya a caballo, iba situado entre el conde de Salvatierra y el alguacil mayor de la ciudad.

En el recibimiento municipal de 27 de octubre se hizo público el mensaje que enviaba Masamune en la carta dirigida a la ciudad, cuya traducción fue leída por el escribano. Sotelo relató las incidencias del largo viaje e hizo algunos comentarios sobre la situación del cristianismo en Japón, después de lo cual suplicó al Cabildo la ayuda necesaria para continuar su camino, a lo que respondió afirmativamente el asistente en

EN TODO MOMENTO LA CIUDAD ATENDIÓ Y COSTEÓ EL MANTENIMIENTO DE LA EMBAJADA A PESAR DE LA DIFÍCIL SITUACIÓN ECONÓMICA QUE VIVÍA

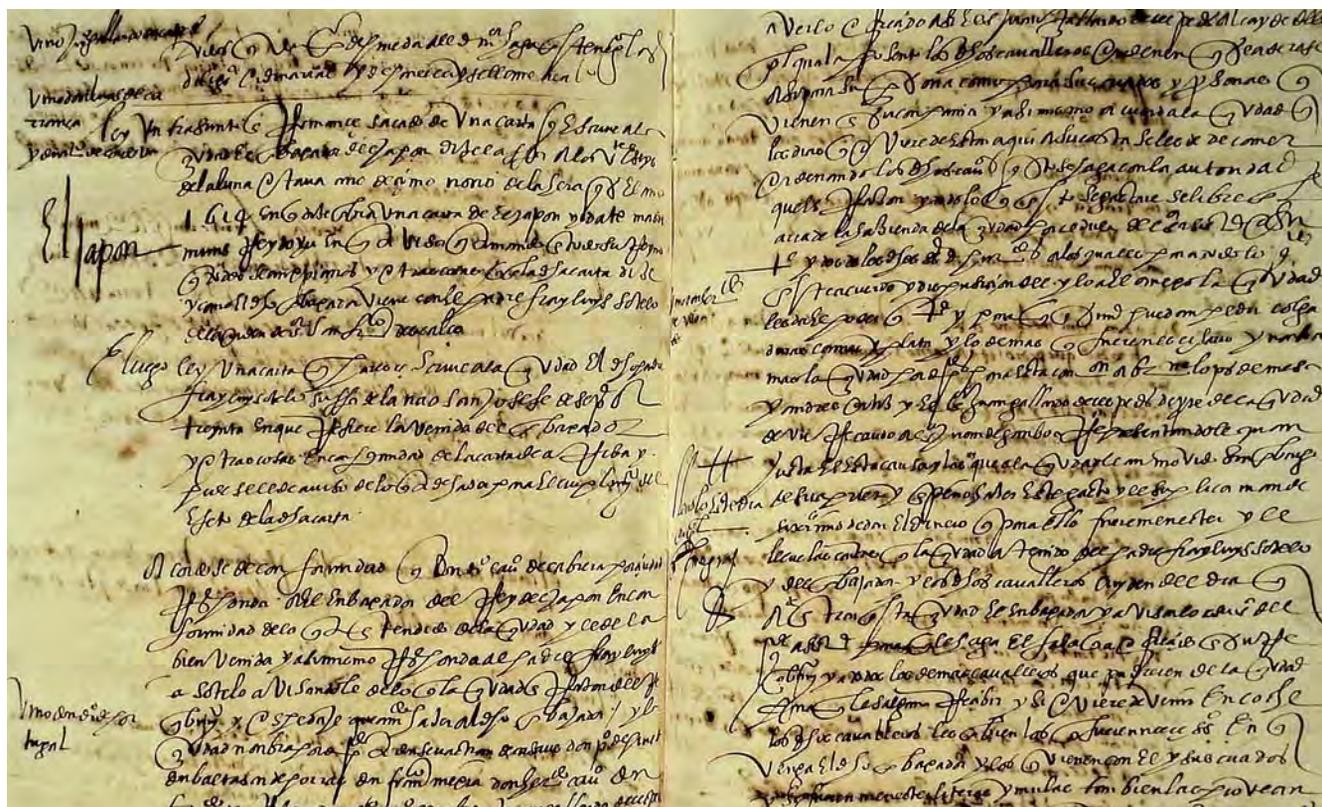
nombre de la ciudad. Don Tomás, capitán japonés cristiano de la guardia de Hasekura, entró en la sala capitular donde se celebraba la audiencia para entregar, además de la carta, la catana y la daga que el rey de Bojú regaló a la ciudad como testimonio de amistad. El asistente indicó finalmente que informaría al rey de todo lo sucedido, con lo cual se dio por concluido el solemne acto.

UN MILLÓN DE MARAVEDÍS. La embajada japonesa permaneció en Sevilla algo más de un mes, hasta el día 25 de noviembre, fecha de su partida hacia Madrid. Durante su estancia en Sevilla visitaron la Giralda y la Catedral, así como el convento de San Francisco, y en el Alcázar recibieron la visita y el agasajo de los jueces reales, de los nobles y de otros altos personajes de la sociedad hispalense. El arzobispo llegó a comparar la embajada con la mismísima comitiva de los Reyes Magos de Oriente. En todo momento la ciudad atendió y costeó el mantenimien-

to y las necesidades de los japoneses, con dos alguaciles a su servicio, incluyendo el ofrecimiento de actuaciones de comedias, danzas y fiestas, y todo ello a pesar de la difícil situación económica por la que atravesaba la hacienda concejil, hecho que ocasionó algunas quejas en el seno del Cabildo municipal.

En efecto, la Sevilla de esta época, aunque estaba aún en pleno apogeo y seguía siendo una de las principales urbes europeas, tenía embargadas sus rentas de propios ante la imposibilidad de hacer frente a sus muchas deudas. Las abundantísimas donaciones a los reyes, unidas a las frecuentes alteraciones monetarias, acabaron por arruinar las riquezas que administraba el Cabildo hispalense. Y esta situación de penuria económica se manifestó también en los debates que se produjeron en el seno del Cabildo sobre el pago de los gastos derivados del alojamiento y transporte de la embajada. Los gastos ocasionados en la ciudad ascendieron en 1614, según la contabilidad del Concejo, a casi un millón de maravedís.

Por fin, el 25 de noviembre, se puso en marcha la comitiva, formada por cuarenta personas, entre las que se incluían Gonzalo de Guzmán, designado por el Cabildo para acompañar a los embajadores, más el personal de servicio que había dispuesto la ciudad. El transporte se hizo en dos grandes carros, dos literas, treinta y una mulas y doce acémilas de carga. Tras casi un mes de viaje,



Acta de la sesión del Cabildo Municipal de Sevilla que narra la recepción oficial a la embajada japonesa (27 de octubre de 1614).

y después de visitar Córdoba y Toledo, llegaron a Madrid el 20 de diciembre, siendo alojados en el convento de San Francisco y atendidos por la hacienda real.

MADRID Y ROMA. Si larga fue la estancia en Sevilla, más aún se prolongó en la capital de la monarquía. Desde el punto de vista de las relaciones internacionales, la embajada japonesa planteaba un grave problema, en el fondo la principal causa de su fracaso, debido a que no representaba a la más alta autoridad del país —el emperador, o en todo caso el *shogun*— sino sólo a un gran señor japonés a título personal. El rey de España y el Papa poco podían responder, más allá de convencionalismos protocolarios, a las pretensiones de Masamune, carentes del respaldo de su superior.

Durante su larga permanencia en Madrid, el acto más significativo fue el fastuoso bautizo de Hasekura, sin duda un buen golpe de efecto, celebrado el 17 de febrero en el monasterio de las Descalzas Reales, en presencia del rey, de la familia real y de la corte. Hasta el día 22 de agosto de 1615, tras ocho meses de estancia, no se produjo la salida de Madrid. Durante este largo período, el mantenimiento de la comitiva costó a la hacienda real una cantidad realmente elevada, calculada en cuatro millones de maravedís.

Las siguientes etapas del viaje fueron Zaragoza y Barcelona y desde aquí se embarca-

LA EXPEDICIÓN FRACASÓ YA QUE NO REPRESENTABA AL EMPERADOR SINO SÓLO A UN GRAN SEÑOR JAPONÉS QUE LA IMPULSÓ A TÍTULO PERSONAL

ron hacia Génova, llegando por fin a Roma, tercera y última etapa fundamental de la embajada, a principios de noviembre. El Papa Paulo V, destinatario del tercer diploma escrito por Masamune, recibió en audiencia pública a la misión japonesa el día 3 de noviembre, conjuntamente con el Sacro Colegio Cardenalicio, reunido en consistorio público, y ante la presencia de muchos grandes señores y prelados. Como ya ocurriera en Madrid, se sucedieron los actos protocolarios, entre los que podemos destacar el bautizo del secretario de Hasekura, la concesión a éste por parte del Senado Romano del título de ciudadano y senador de Roma o la decisión del Papa de conservar el recuerdo de los embajadores en unos frescos del palacio del Quirinal.

Pero también igual que en Madrid, los resultados prácticos se limitaron a promesas más o menos vagas, dilatando las decisiones definitivas. Todo quedaba reducido a aparatosas escenografías barrocas y gestos

honoríficos. El 7 de enero de 1616 se produjo la salida de Roma, desde donde se dirigieron a Livorno y Génova para embarcar hacia Barcelona.

EL REGRESO. Al volver a España en 1616, Hasekura y Sotelo tuvieron que hacer frente de nuevo a las reticencias del Consejo de Indias, deseoso de dar por concluida la embajada lo antes posible para que volviese a Japón, habida cuenta de los muchos gastos ocasionados. El día 8 de abril de 1616, cuando Hasekura y Sotelo estaban en las cercanías de Madrid, se les comunicó la decisión real de que la embajada no parase en Madrid sino que se dirigiese hacia Sevilla para embarcar hacia Nueva España. Pero en la flota que partió de Sevilla hacia Nueva España en dicho año sólo embarcaron trece japoneses, acompañados de dos franciscanos, pues tanto Hasekura, retirado en el convento de Loreto de Espartinas junto a los restantes japoneses de su séquito, como Sotelo, permanecieron en nuestra ciudad alegando graves problemas de salud.

Durante su vuelta a Sevilla, los dos embajadores, privados ya de toda ayuda, escribieron en repetidas ocasiones al Papa, al nuncio y al rey, a veces a través del Cabildo sevillano, para que accedieran finalmente a sus pretensiones. Ante las continuas presiones del Consejo de Indias, y ante la imposibilidad de mejorar los resultados prácticos de su misión, Hasekura y Sotelo salieron de

La carta japonesa



© ICAS-NAHP. Archivo Municipal de Sevilla

■ El Archivo Municipal de Sevilla cuenta entre sus fondos con un documento realmente excepcional. Se trata de un diploma japonés que constituye uno de los testimonios más significativos que se han conservado de la embajada que en 1613 envió el gran señor japonés (*daimyo*) Masamune, a través de Hasekura Rocuyemon Tsunenaga y el franciscano fray Luis Sotelo, al rey de España Felipe III y al papa Paulo V. En el mundo japonés esta larga y célebre expedición (1613-1620) es conocida como Misión Keicho, tomando su nombre de la era del calendario japonés durante la cual se llevó a cabo. Para llegar a Madrid y a Roma, los objetivos finales, la embajada japonesa debía recalcar previamente en Sevilla, por ser el único puerto permitido en la comunicación entre España y América. En la reunión del Cabildo hispalense celebrada el 27 de octubre de 1614, los embajadores entregaron el documento, y una traducción castellana del mismo,

junto con una catana y una daga que el rey japonés enviaba como regalos. En esta misma reunión, se acordó depositar la carta y las armas en el archivo de la ciudad y escribir a Felipe III dándole cuenta del contenido de la embajada para que ordenase lo que había de hacerse. De los tres objetos mencionados sólo ha llegado hasta nuestros días la carta, pues la daga desapareció en 1634 y la catana hacia 1868.

El documento está escrito en tinta negra sobre un rectángulo de papel de arroz (367 x 954 mm.). La escritura, en líneas verticales de derecha a izquierda, se destaca sobre un fondo decorativo con motivos vegetales y con punteados de oro y plata. En el ángulo inferior izquierdo presenta en tinta roja el sello de Masamune. Está fechada en la ciudad de Sendai el día 26 de octubre de 1613. Se trata de un documento de gran solemnidad, procedente de una cancillería señorial japonesa, cuyos caracteres externos son muy similares a la carta que el mismo señor dirigió al papa Paulo V en la misma embajada, conservada en el Archivo Vaticano, e igualmente debió ser muy parecida a la que dirigió también al rey Felipe III, que no se ha conservado.

La carta japonesa expone dos cuestiones fundamentales. En primer lugar, se manifiesta el principal objetivo de la embajada: comunicar al rey de España y al Papa su deseo, tras escuchar las predicaciones del Padre Sotelo, de convertir sus estados al cristianismo, para lo cual solicitaba de ellos su ayuda y alianza. En segundo término, se dirige a Sevilla con la intención de proponerle el establecimiento de relaciones comerciales, basadas en la consideración de la ciudad como uno de los puertos más importantes de la época, que monopolizaba desde hacía un siglo la navegación entre España y los territorios de Ultramar. A través de Sotelo, Masamune debía conocer, como se pone de manifiesto en la carta, el intenso tráfico marítimo de la ciudad y la existencia de instituciones como la Casa de Contratación. Por este motivo solicita una reunión de pilotos para estudiar la posibilidad de establecer una comunicación directa entre Japón y Sevilla, de forma similar a la que cada año unía España con América a través de las flotas de la carrera de Indias.

EL ARZOBISPO DE SEVILLA LLEGÓ A COMPARAR LA EMBAJADA JAPONESA CON LA MISMÍSIMA COMITIVA DE LOS REYES MAGOS DE ORIENTE

Sevilla en julio de 1617, acompañados por los cinco japoneses que aún quedaban en España. Cuando llegaron a México, a principios de febrero de 1618, en Acapulco les esperaba la misma nave que Masamune había construido para la travesía entre Japón y Nueva España.

Al abandonar Sevilla por segunda vez, la embajada japonesa no embarcó en la flota para Nueva España a todos sus componentes. La permanencia en Sevilla de algunos de estos japoneses del séquito de Hasekura ha dado origen a la teoría de que el apellido Japón, frecuente en el pueblo sevillano de Coria del Río, procede de algunos de los miembros de esta comitiva diplomática. Está fuera de duda que no coinciden las cifras de los que llegan en 1614, que testigos cercanos cifran en treinta hombres, y los que son embarcados a Sevilla en el viaje de vuelta, que suman un total de dieciocho (trece en 1616 y cinco más que acompañaron a Hasekura y Sotelo en 1617). Es más que probable que algunos de estos japoneses debieron quedarse en Sevilla o sus alrededores, tras el largo tiempo de espera en la segunda estancia de la embajada en Sevilla, y dar origen así al apellido Japón de Coria (Japón/japonés). En su Archivo Municipal se ha localizado a un coriano apellidado Japón ya en 1647 y, a partir de esta fecha, parece que pueden localizarse con relativa facilidad.

LA PERMANENCIA EN SEVILLA DE ALGUNOS MIEMBROS DEL SÉQUITO DE HASEKURA ORIGINÓ LA TEORÍA DE QUE EL APELLIDO JAPÓN PROCEDE DE ELLOS

Hasekura pudo por fin volver a Japón, después de más de siete años, llegando a Sendai en agosto de 1620, si bien parece que murió pocos años después. Su compañero, en cambio, se vio obligado a permanecer en Filipinas durante cuatro años, en los que mantuvo diversos y continuos enfrentamientos tanto con las autoridades civiles como religiosas. Desafiando la prohibición de salir de Filipinas con destino a Japón, a causa de las persecuciones anticristianas, se embarcó en una nave de mercaderes chinos, disfrazado de seglar y acompañado de dos jóvenes conversos japoneses. Nada más llegar a las costas japonesas, cerca de Nagasaki, en septiembre de 1622 Sotelo y sus dos compañeros fueron entregados por el capitán de la nave a un juez comisionado para las causas contra los cristianos. El *shogun* Iemitsu decretó que se encarcelase a Sotelo en una cárcel especial en Omura para que en modo alguno se le pudiese considerar como una excepción en la persecución anticristiana. Finalmente, el 25 de agosto de 1624, Sotelo y sus dos compañeros, junto al jesuita Miguel Carballo y al dominico Pedro Vázquez de Santa Catalina, fueron martirizados en la hoguera. Como indica J. Gil, el martirio de Sotelo coronaba su intensa y asendereada vida con la suprema dignidad de saber morir en defensa de sus sueños.

Por mucho que perseverara Sotelo en sus convicciones, que llegaron a costarle la vi-



El gran señor japonés Daté Masamune, impulsor de la embajada.

da, su expedición acabó siendo una aventura quimérica. Casi al mismo tiempo que se desarrollaba la embajada, Japón estableció

la unificación religiosa como uno de los pilares del país, excluyendo toda tolerancia hacia otras confesiones, y el *shogunato* decretó en 1615 para los *daimyos* un código de normas de obligado cumplimiento (*buke-shohatto*), en el que se incluía la prohibición a los señores de construir barcos que cruzasen el océano. La magnífica escenografía ideada por Sotelo se derrumbó y se quedó en puro artificio ante el aislacionismo oficial de Japón. Pero dejando a un lado el “fracaso oficial” de la embajada, lo cierto es que este largo y complicado viaje significó uno de los escasísimos contactos directos de los japoneses con Europa hasta el siglo XIX y así se ha mantenido fielmente su recuerdo en Japón hasta la actualidad. ■

Más información

- **Fernández Gómez, Marcos (ed.)**
La embajada japonesa a la ciudad de Sevilla. Comisaría de la Ciudad de Sevilla para 1992, Sevilla, 1991.
- **Suárez Japón, Juan Manuel (coord)**
Japones y japoneses en las orillas del Guadalquivir. Cajasol, Sevilla, 2007.